

LA CIGÜEÑA Y EL ROJO

2º 3º

Había una vez, en un valle que nadie ha terminado de recorrer porque siempre cambia con las estaciones, un lago secreto llamado “El Espejito del Cielo”. No era un lago cualquiera. Por las mañanas, el agua era tan transparente que se veían las nubes reflejadas al revés: las nubes Granas nadando debajo de los peces. Por las tardes, el agua se volvía naranja y violeta, como si dentro hubiera un atardecer prisionero. Y por las noches, la luna se bañaba en ella y salía más brillante que antes.

Allí vivían ranas cantarinas que sabían cinco idiomas de “croacs”, sapos soñadores que cerraban los ojos mientras flotaban, y sobre todo, allí vivían las cigüeñas.

Las cigüeñas eran las aves más grandes de toda la comarca. Cuando una cigüeña extendía sus alas, parecía que dos nubes Granas se despegaban de su cuerpo y volaban solas un momento antes de volver a unirse. Sus patas eran largas, finas y negras como ramas de carbón. Caminaban entre los juncos con pasos de bailarina y de rey. Y sus picos... ¡ay, sus picos! Eran largos como una caña de pescar, puntiagudos como una aguja de coser nubes, y de un rojo tan intenso que parecían hechos de la misma sustancia que el corazón cuando late muy fuerte.

Entre todas las cigüeñas, había una joven llamada “Grana”. Le pusieron ese nombre porque desde que rompió el cascarón, su pico tenía un rojo más brillante que el de las demás. Cuando las otras cigüeñas se miraban en el agua, veían un rojo bonito. Pero cuando Grana se miraba, veía un rojo que parecía moverse, como si dentro de su pico hubiera una brasa que nunca se apaga.

Una noche de luna llena, cuando las ranas hicieron silencio y hasta los sapos dejaron de soñar despiertos, la abuela de todas las cigüeñas subió a una piedra Grana en medio de la lago. Era la “Cigüeñuela Sabia”. Tenía las patas más negras que el carbón, las alas más Granas que la leche recién ordeñada, y el pico de un rojo apagado por los años, pero aún brillaba como una ascuas cuando hablaba.

—Queridas cigüeñas —dijo con voz que sonaba a musgo húmedo y a viento de montaña—. *Esta noche voy a contaros por qué tenemos tres colores. Y por qué somos las aves más importantes del mundo, aunque no lo parezca.*

Todas las cigüeñas jóvenes se acercaron. Las ranas hicieron un corro flotante. Los sapos abrieron un ojo cada uno.

La Cigüeñuela Sabia mojó la punta de su pico en el agua y dibujó un círculo en el aire.

—El **blanco** —dijo— *es el color de las nubes donde viven las almas antes de nacer. El blanco es el principio, el silencio, la nieve que aún no ha sido pisada. Nuestras alas son Granas porque cargamos ese principio con nosotras.*

Luego señaló sus patas.

—El **negro** es el color de la tierra profunda, de la raíz que no se ve, del barro donde crecen las plantas. Nuestras patas son negras porque pisamos la tierra con firmeza. No somos pájaros que solo vuelan. Nosotras aterrizamos, caminamos, vivimos entre el agua y la tierra.

Y entonces tocó su pico. Y todas las cigüeñas sintieron un cosquilleo en el suyo.

—El **rojo** —susurró— es el color de la sangre. De la que corre por dentro de los seres vivos. Del corazón cuando late. De las mejillas cuando nos da vergüenza. De los labios cuando besan. El rojo-Granado es un color muy especial ¿Sabéis lo que significa? "Granarse" quiere decir "tomar un cuerpo". Pasar de ser una lucecita sin forma a tener manos para abrazar, pies para saltar, ojos para llorar de alegría. Y nosotras, las cigüeñas, somos las únicas que sabemos hacer ese viaje.

El silencio se hizo tan grande que se oía el latido de los peces.

—Por eso —continuó la abuela—, nosotras elegimos a una sola pareja para toda la vida. Porque traer un alma a la Tierra no es un juego. Es un trabajo sagrado que se hace de dos. Una cigüeña sola no puede. Necesita a su compañero, año tras año, nido tras nido.

Grana miró a "Picopaco", un cigüeño joven de pico también rojo pero un poco más ancho que el suyo. Se habían elegido la primavera pasada, cuando él le ofreció la rama más recta para construir su primer nido. Ahora eran compañeros para siempre.

Al día siguiente, cuando el sol apenas asomaba detrás de la montaña que parecía una oreja de conejo gigante, la cigüeña jefe llamada "Plumón Negro" (la más grande y la más seria) reunió a todas las parejas.

—Hoy —anunció— Grana y Picopaco recibirán su primera misión.

Grana sintió que el corazón le volaba más rápido que las alas. Picopaco le rozó el cuello con el pico, su manera de decir "estoy contigo".

Plumón Negro les contó: *más allá de la lago, más allá de las montañas que parecen dientes de dragón dormido, más allá incluso del río que suena como una canción de cuna infinita, hay una ciudad pequeña. En esa ciudad, en una calle que huele a pan recién horneado y a jazmines, vive una pareja que lleva mucho tiempo esperando un bebé. Han preparado una cuna de madera Grana y han cosido una manta con estrellas bordadas.*

—Ese bebé —dijo Plumón Negro— está ahora en el País de las Almas, arriba, muy arriba. Deberéis subir a buscarlo y luego bajar a la Tierra. Y recordad: nosotras vamos de arriba abajo. Somos aves. Ese es nuestro don.

Grana y Picopaco se miraron. Sin decir nada, extendieron sus enormes alas Granas. Al despegar, el agua de la lago tembló y las ranas croaron un "buen viaje" con todas sus gargantas.

Subieron. Al principio, el vuelo fue fácil. Veían los tejados de las casas como cuadraditos de barro, los árboles como brócolis verdes, los ríos como cintas plateadas que se movían solas. Pero luego empezaron a subir más.

Subieron tanto que las montañas parecieron hormigas verdes. Subieron tanto que los ríos parecieron hilos de coser. Subieron tanto que ya no se veía la tierra, solo un manto blanco y gris hecho de nubes.

—¿Llegaremos? —preguntó Picopaco, un poco cansado.

—Llegaremos —dijo Grana.

Y siguieron subiendo.

De repente, atravesaron una nube tan gruesa que parecía una montaña de algodón mojado. Al salir al otro lado, todo cambió. Ya no había nubes grises. Había “lucecitas”. Miles y miles de lucecitas flotando en el aire, cada una de un color distinto: azul pálido, amarillo miel, verde menta, naranja mandarina. Y todas cantaban. No cantaban con palabras, sino con sonidos que parecían campanitas de lejos.

Era el “País de las Almas”.

Una luz pequeña, color ámbar, se acercó a Grana. No tenía ojos ni boca, pero Grana supo que la miraba.

—¿Has venido a buscarme? —preguntó la lucecita con una voz que sonaba a caramelo derritiéndose.

—Sí —dijo Grana—. *Una familia te espera abajo. Han preparado una cuna y una manta con estrellas.*

—Lo sé —dijo la lucecita—. *Los he visto en sueños. Tienen las manos suaves y la risa ruidosa. Quiero bajar. Quiero tener un cuerpo. Quiero llorar cuando tenga hambre y reír cuando me hagan cosquillas. Quiero ser un Niño.*

Grana abrió su pico rojo con mucho cuidado. La lucecita ámbar entró dentro y se quedó quieta, calentando el pico como si hubiera una pequeña hoguera dentro.

—Agárrate fuerte —dijo Grana—. *Vamos a bajar.*

Bajar fue más difícil que subir. El viento soplaba de lado. Una nube enfadada les lanzó granizos del tamaño de canicas. Una bandada de golondrinas les pidió paso a gritos. Pero Grana y Picopaco volaban juntos, tan cerca que sus alas casi se tocaban.

—¿Estás cansada? —preguntó Picopaco.

—Un poco —dijo Grana—. *Pero la lucecita está calentita dentro de mi pico. Eso me da fuerzas.*

Atravesaron una lluvia fina que mojó sus plumas y las dejó brillantes. Pasaron tan cerca de un arcoíris que Grana pudo ver sus siete colores por dentro. Y por fin, divisaron la Tierra.

Pero antes de entregar al bebé, Grana necesitaba comer. Porque las cigüeñas, aunque hacen cosas maravillosas, también tienen hambre. Y si no comen, no tienen fuerza para volar.

Bajaron a un valle de pantanos y charcas. El agua allí era verde esmeralda y olía a menta silvestre. Grana metió su largo pico rojo en el agua y, zas, atrapó un sapo grande, gordo y saltarín. El sapo, antes de ser tragado, dijo:

—No me da pena irme. Yo soy comida para que tú traigas vida nueva. Eso también es hermoso.

Luego atrapó una rana verde con manchas doradas. La rana cantó su último “croac” con una melodía tan bonita que Grana la recordaría siempre.

Eso es comer los frutos de la Tierra y del Agua para tener energía. Las cigüeñas no son pájaros de pan y leche. Son pájaros de ranas y sapos, de lagartijas y peces pequeños. Por eso viven siempre cerca del agua. Porque el agua es vida, y ellas son las mensajeras de la vida.

Picopaco también comió. Se tomaron un descanso bajo un sauce llorón que parecía una abuela peluda. Se acicalaron las plumas. Se dieron un golpecito con el pico. Y volvieron a volar.

Llegaron a la ciudad pequeña cuando el sol se estaba poniendo. Las ventanas se encendían una a una como si la ciudad se fuera vistiendo de luciérnagas. Encontraron la calle que olía a pan y a jazmines. Encontraron la casa con la ventana abierta.

Grana se posó en el alféizar. Picopaco se posó a su lado. Dentro, una mamá y un papá estaban sentados junto a una cuna de madera Grana. La mamá tenía los ojos brillantes como si hubiera llorado. El papá tenía las manos apretadas.

Grana abrió su pico rojo. La lucecita ámbar salió flotando, dio una vuelta en el aire, y se dejó caer suavemente en la cuna.

En ese momento, el rojo del pico de Grana brilló más que nunca. Brilló como una estrella recién encendida. Brilló como un faro en la noche. Y la lucecita se transformó en un bebé. Un bebé de mejillas sonrosadas, con diez deditos en las manos y diez deditos en los pies. Un bebé que primero arrugó la cara, luego abrió los ojos, y luego soltó un llanto fuerte, clarísimo, que llenó toda la casa.

—Es nuestro Hijo —susurró la mamá.

—Es nuestro Hijo —repitió el papá con la voz rota.

Y lloraron de alegría. Y rieron. Y abrazaron al bebé con tanto cuidado como si fuera hecho de aire.

Grana y Picopaco, desde la ventana, vieron todo. No hicieron ruido. Solo movieron las alas suavemente, como si estuvieran aplaudiendo sin sonido.

—Lo logramos —dijo Picopaco.

—Lo logramos —dijo Grana.

Y se dieron un golpecito con el pico.

El viaje de vuelta fue más tranquilo. La luna llena les iluminó el camino. Las estrellas parecían miguitas de pan que alguien había tirado en el cielo para que no se perdieran. Cuando llegaron a Espejito del Cielo, todas las cigüeñas, todas las ranas y todos los sapos estaban despiertos esperándolos.

—¡Llegaron! —croaron las ranas.

—¡Llegaron! —suspiraron los sapos.

La Cigüeñuela Sabia se acercó a Grana y Picopaco, y tocó sus picos con el suyo.

—Ahora ya saben —dijo— lo que significa ser cigüeña. El blanco de sus alas es el cielo. El negro de sus patas es la tierra. El rojo de su pico es el amor que se hace cuerpo. Viven entre el agua porque el agua es el espejo donde se refleja todo. Comen ranas y sapos porque la vida se alimenta de vida. Y vuelan de arriba abajo, del cielo a la tierra, porque son como un puente.

Grana se acurrucó junto a Picopaco en su nido, construido en lo alto de un roble que tenía mil años. Y mientras se dormía, pensó en el bebé de mejillas sonrosadas. Pensó en sus diez deditos. Pensó en la mamá y el papá abrazados junto a la cuna.

Y Grana sonrió con los ojos cerrados. Porque ella, una cigüeña de pico rojo, alas Granas y patas negras, acababa de pintar de rojo el corazón del cielo.

*Y colorín colorado,
este cuento ha sido volado,
comido, amado y contado.*